



La saga Tusquets

EL GEN 'LETRAHERIDO' TIENE EN ESTHER, EUGENIA Y MILENA SU MEJOR REFLEJO. LOS ESTANTES DE LAS LIBRERÍAS ACOGEN HOY SUS ÚLTIMAS INCURSIONES LITERARIAS

POR Carolina Isasí FOTO Gregori Civera

Madres trabajadoras, independientes, autónomas en el más amplio sentido de la palabra, feministas convencidas pero nada predicadoras... Y con mucho sentido del humor: «¿Qué somos tú y yo?», le pregunta una socarrona Esther Tusquets a Eugenia: «Primas segundas», responde esta, que acaba de debutar con la novela *El cuadro perdido de Picasso* (Ed. Funambulista). Tres generaciones distintas, pero no tan diferentes. Esther (Barcelona, 1936), editora (Lumen, Tusquets) traductora y escritora, ha publicado recientemente *Habíamos ganado la guerra* (Ed. Bruguera), un libro sobre la fractura social durante la posguerra («La idea surgió al escuchar la frase de que la Guerra Civil la perdieron todos, lo cual niego tajantemente») y la polémica biografía *Pasqual Maragall. El hombre y el político* (Ediciones B). Además, es madre de Milena Busquets, también *letraherida* (dirige la editorial RqueR), que publica *Hoy he conocido a alguien* (Ed. Bruguera).

YO DONA: ¿Qué le parece la novela de su hija?

ESTHER TUSQUETS. Es muy buena, me ha gustado.

MILENA BUSQUETS. ¡Pero qué va a decir ella!

No parece usted ser el tipo de madre que da ánimos sin sentirlo.

Esther T. ¡Claro que no! Si no me gustara, se lo diría.

Las tres habéis puesto punto final a un libro en los últimos meses. ¿Supone una liberación terminar de escribirlo?

Esther T. No, nunca me ha servido como terapia. Escribir es un

trabajo, una profesión y cuentas una historia. Bueno... ¡me ha liberado de problemas económicos!

M.B. Yo siempre he querido escribir, y el sólo hecho de haber podido terminarlo, con un hijo de ocho años y un bebé de seis meses, ya me parece bastante. Te liberas un poco cuando lo terminas, pero, después, también te queda la parte complicada: publicarlo. Lo importante es que escribir me hace sentir bien.

Eugenia Tusquets. Aunque soy pintora, y esta es mi primera novela, he escrito toda mi vida. Empecé en los 70, haciendo guiones para TVE en Estados Unidos, donde he vivido 10 años. Allí también trabajé para [la editorial] Random House y, al volver a España, en 1990, para RBA y otras. Últimamente había dejado de trabajar en el mundo editorial, porque ya sabía cómo ganarme la vida con la pintura, pero continué con el gusanillo. Cuando me encontré con la historia que narro en mi libro, *El cuadro perdido de Picasso*, tenía otros dos proyectos de escritura empezados, que quedaron aparcaados, porque este relato necesitaba entrega absoluta.

Entonces, trabajan en este mundo porque les apasiona, pero también porque han tenido éxito...

Esther T. En una mujer, la independencia económica es básica. No deberíamos supeditar todo al amor, hay que considerar también otras cosas. Aunque no estoy segura de que esto sea una cualidad. Criticamos mucho a los hombres porque para ellos su profe-

sión pesa más, cuando, quizás, sería mejor que nos contagiáramos un poquito.

M.B. Independencia económica es igual a libertad, o sea, algo totalmente esencial.

Eugenia T. Pero también me he encontrado con mujeres independientes que, una vez conseguido lo que querían en la vida, han acabado olvidando lo que cuesta esa libertad a otras personas.

Muchas tienen un sentimiento de culpa al tener que optar entre la profesión y los hijos. ¿Les ha pasado?

Esther T. La verdad es que no, porque he rechazado de plano ese tipo de educación cristiana. Pienso, en cualquier caso, que a los hijos les resulta más enriquecedor tener una madre activa y con una vida interesante que la rutina de un ama de casa. Para mí, es imprescindible que las mujeres trabajen porque, además, los niños representan una etapa de la vida, y con el tiempo desaparecen de la casa familiar. También asistimos al regreso del *parir con dolor*, lo que me parece un atraso, o al fenómeno de sobrevalorar la lactancia porque creen que es una forma más natural de criar.

M.B. No, el sentido de culpa es algo que me es ajeno. Por nada del mundo me quedaría en casa todo el día cuidando de los hijos, me parece un plan aburridísimo. Pero he de decir que, de momento, tengo la increíble suerte de poder trabajar un poco a mi aire.

Eugenia T. Ser madre y profesional por supuesto que exige un esfuerzo y un desgaste. He pasado por momentos de desaliento, pero soy como aquellos muñecos que llevan un peso en la base y que siempre se levantan aunque los intentes tumbar. Creo que es



HOY HE CONOCIDO A ALGUIEN

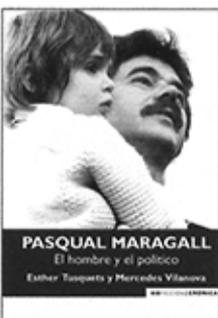
Milena Busquets (Ed. Bruguera)

«Es una historia de amor actual, de esas que suelen acabar mal en el mundo de los intelectuales.» Así describe la autora su debut literario, el retrato de unos ambientes que conoce de primera mano.

PASQUAL MARAGALL. EL HOMBRE Y EL POLÍTICO.

Esther Tusquets y Mercedes Vilanova. (Ediciones B)

Libro polémico sobre uno de los protagonistas del último medio siglo de vida política, cultural y sentimental de Cataluña y España.



importante trabajar. Pertenezco a una familia de abogados, médicos e intelectuales. Mi marido estuvo en cine y televisión y ahora es catedrático en la facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Mi hija mayor es psicóloga clínica, la segunda es pintora, pero paga sus facturas haciendo cosas también para el sector editorial, y mi hijo está aún estudiando. Todos hemos trabajado y lo vemos como algo normal y necesario.

¿Aún hay razones para ser feminista?
M.B. Claro que sí, la mujer que afirma lo contrario es que no se ha enterado de qué va la película.

Eugenia T. Soy feminista radical. Reconozco que existe confusión semántica con respecto a este término, pero nada más sencillo que coger el diccionario. No tiene que ver con tendencias sexuales, ni con odio a ninguno de los sexos. Quiere decir defender los derechos de la mujer, para igualarlos a los del hombre, desde la raíz, desde la base, desde los fundamentos, no en la superficie.

Esther T. Las féminas lo tenemos mucho más difícil que los hombres. Si tienes una niña es para pensar: «Pobrecilla, qué mala suerte ha tenido». Pero me horroriza el machismo, la obligatoriedad de los hombres de dar la talla, el que sean capaces de liarse a puñetazos y el que tengan la necesidad de ser heroicos en la guerra y no llorar. Prefiero no ser yo la responsable del mundo en que vivo. Lo han hecho ellos. A lo mejor nosotras lo haríamos peor, pero está por demostrar. **VO**